

leyes mucho más férreas que los que habían sostenido el ideal moral del rosismo y que eran el reflejo de la finalización de un largo proceso de constitución del mercado de tierras y de trabajo.²

Este libro mira al rosismo desde ángulos múltiples, y en su análisis minucioso desvela problemas que en el conjunto de la obra son quizá sólo finos cauces tributarios de la línea argumental principal o corolarios de la misma, pero sobre los que se adelantan hipótesis que merecen una exploración que los transforme en cauces de nuevas investigaciones. El problema de la pérdida de visibilidad política de los sectores populares que Salvatore nos adelanta sólo como colofón de su interpretación, ha sido abordado desde el dominio económico y social por otros autores, sin embargo, los resultados siguen siendo provisionales. En este sentido, varias de las ideas sugeridas en este trabajo bien podrían constituirse en puntos de partida de nuevas investigaciones que echen luz sobre las primeras décadas del posrosismo.

Como toda obra, ésta también tiene inconsistencias y flancos débiles. A pesar de que, como mencionamos más arriba, el autor ha utilizado una base documental variada y rica, la mayoría de las fuentes son oficiales y en particular judiciales. Si es innegable que Salvatore se encarga de hacer una crítica de esas fuentes presentándonos los sesgos de unas construcciones discursivas en las que las clases dominantes transcriben las voces de los sectores subalternos, creo que esa crítica debe ser

todavía más profunda. Una de las características de los papeles judiciales (y oficiales en general) producidos por el gobierno de Rosas, es el importante grado de rutinización que alcanzaron a medida que el orden se consolidaba. Si es cierto que las filiaciones, una de las fuentes a las que el autor acude repetidamente, constituyeron quizá los documentos más abundantes de la época, también lo es que a medida que avanzamos en los años 1840 estas clasificaciones de rasgos físicos, vestimentas y perfiles de desertores y criminales son cada vez más estandarizadas y magras. Datos repetidos pero pobres, que terminan encerrando una pluralidad de vidas individuales en una descripción formalizada, una suerte de boceto, tras el que se ocultan móviles, situaciones personales, derroteros y trayectorias individuales. Los casos que el autor selecciona para su trabajo y con los que nos ilustra en narraciones coloridas, son elocuentes justamente por la frondosa información que ofrecen, sin embargo, mirando el archivo en su conjunto, me inclino a pensar que se trata más bien de historias atípicas y excepcionales en un mar de causas y clasificaciones repetitivas, rutinarias y silenciosas a la hora de develarnos experiencias individuales que de la sumaria de fragmentos que permitan traspasar los límites de la conjetura y de los afanes interpretativos sobre la capacidad de agencia de los sectores subalternos.

María M. Bjerg
UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES

² Sobre el tema véase Juan Carlos Garavaglia, "De Caseros a la Guerra del Paraguay. El disciplinamiento de la población campesina en el Buenos Aires postrosista (1852-1865)", *Illes e Imperis*, núm. 5, 2001, pp. 53-80.

Hilda Sabato y Alberto Lettieri (comps.), *La vida política en la Argentina del siglo XIX. Armas, votos y voces*, FCE, Buenos Aires, 2003, 335 pp.

Argentina vive hoy una especie de fin de época, un momento en el cual los parámetros básicos sobre los que se construyó el país moderno están en vías de desintegración. En el plano político, el sistema representativo atraviesa una crisis profunda y el Estado ha quedado prácticamente destruido.

Éste es el diagnóstico con el que Hilda Sabato inicia el texto introductorio al libro que compiló junto a Alberto Lettieri, y que sirve de punto de partida para explicar parcelas de un proceso inverso: la construcción de un orden político a lo largo del siglo XIX que cristalizó en la emergencia de un poder estatal centralizado.

El esfuerzo historiográfico de esta compilación claramente se inscribe en la ruta trazada hace casi dos décadas, cuando historiadores como François-Xavier Guerra, José Carlos Chiaramonte, Antonio Annino, Marcelo Carmagnani y la propia Hilda Sabato, entre otros, se dieron a la tarea de redimensionar la historia política de América Latina: para ello realizaron investigación básica y produjeron reflexión teórica sobre una diversidad de temas tales como el significado y la naturaleza de la representación política, el sentido de las prácticas electorales y de las movilizaciones políticas, la densidad de los debates y los consensos, la dimensión de la autoridad, así como la trayectoria de lenguajes normativos y disposiciones jurídicas.

La vida política en la Argentina del siglo XIX. Armas, votos y voces se integra a ese renacimiento de la política en el quehacer historiográfico continental, y lo hace a través de casi una veintena de colaboraciones, articuladas en torno a dos cuestiones centrales: las representaciones y las prácticas políticas a lo largo del siglo XIX argentino.

El arco temporal se extiende desde el proceso que condujo a la independencia del virreinato de Río de la Plata, hasta la crisis del orden conservador al promediar la segunda década de la pasada centuria. La aproximación a este "largo" siglo XIX tiene como eje rector la compleja arquitectura a través de la cual el pueblo entraba en relación con quienes ejercían su representación, esto es, la construcción de la institución de la ciudadanía como fundamento, muchas veces ideal, del esfuerzo por edificar un orden republicano. Todo esfuerzo por conocer el significado de la representación en un espacio político que se está conformando en su dimensión nacional, coloca a los historiadores frente a un campo problemático atravesado por una variedad de interrogantes: ¿cuáles son los soportes sociales y culturales que legitiman el nuevo orden?, ¿sobre qué bases se erige y ejerce la autoridad?, ¿cuál es el sentido de las acciones colectivas?, ¿desde qué universos ideológicos se fundan las acciones políticas?, ¿cómo se construyen los consensos?, ¿qué tipo de intercambios hizo posible la hegemonía?, y, por último, ¿en qué tipo de prácticas se materializaron los proyectos y las ideas políticas? *La vida política en la Argentina del siglo XIX* se funda sobre estos y otros interrogantes, entretejiendo aproximaciones novedosas y sugerentes en torno a los nexos entre la sociedad civil y la sociedad política en la historia argentina decimonónica.

La primera parte del libro aborda el mundo de las representaciones y da inicio con los trabajos de Darío Roldán y Noemí Goldman, atentos a los significados de las herramientas de la representación política en las primeras décadas de la posindependencia. Estos autores exploran los debates, sobre todo constitucionales, preo-

cupados por dotar de legitimidad el orden que reemplazaba a la monarquía española. Como un campo específico, la conformación de la opinión pública es motivo de estudio en diversos textos. Noemí Goldman incursiona en este terreno cuando trabaja las polémicas alrededor de las formas de gobierno durante las primeras décadas de la independencia. En la misma dirección participa Marcela Ternavacio, al estudiar la dimensión simbólica de las primeras prácticas electorales, lo mismo que Jorge Myers cuando indaga los combates por el control de los espacios de discusión pública y las propuestas por limitar la libertad de expresión durante la década de 1820.

La construcción de un imaginario nacional requiere de un esfuerzo por otorgar cohesión a una heterogeneidad de voces e instituciones. En este sentido, resultan alentadores los abordajes de Oscar Chamosa y Flavia Macías; el primero reconstruye las prácticas sociales y culturales del carnaval en las calles de Buenos Aires, en la consideración de que esa fiesta conforma un mirador privilegiado para acercarse a zonas de la vida política urbana; mientras que Macías aborda, para el caso de Tucumán, la construcción de la imagen del hombre armado —aquel que integró las milicias populares— en tanto gestor y defensor de la nacionalidad.

En su segunda parte, *La vida política en la Argentina del siglo XIX* propone un recorrido por prácticas políticas radicalmente distintas de aquellas ya clásicas en la historiografía política argentina, como la actuación de los líderes o de las instituciones políticas. Casi una decena de artículos se dirigen a reconstruir prácticas electorales, movilizaciones sociales, formas asociativas y espacios de sociabilidad política. El in-

greso a la arena política de sectores populares, como resultado de la participación en actividades militares, es analizado por Gabriel Di Meglio en un intento por desentrañar la irrupción de grupos plebeyos en espacios controlados por “gente decente” en la política bonaerense durante la tercera década del siglo XIX. Por su parte, Pilar González Bernaldo se adentra en el terreno de las sociabilidades cotidianas y, con agudeza, exhibe la articulación entre los espacios de vecindad y las lógicas espaciales de poder, demostrando que esa articulación constituye un parámetro capaz de otorgar inteligibilidad al campo de lo político.

Las complejas relaciones entre un orden que pretende ser nacional y otros de naturaleza local o regional a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, son objeto de estudio en un grupo de trabajos atentos a las movilizaciones sociales y los procesos electorales en las provincias de Jujuy, Santa Fe, Mendoza y Córdoba. Por último, uno de los textos que cierra el libro pertenece a Roy Hora, quien, asumiendo una perspectiva de más largo aliento, explica la escasa densidad política de las organizaciones empresariales de matriz terrateniente entre 1880 y 1916.

Vistos en su conjunto, los trabajos compilados por Sabato y Lettieri están muy lejos de proponer una interpretación global; por el contrario, dan una visión muy fragmentaria de ciertas parcelas del pasado nacional argentino. Si ésta es su principal debilidad, debería apuntarse su mayor fortaleza: el esfuerzo de conjuntar una constelación de investigaciones que, atravesadas por preocupaciones teóricas similares, poseen la virtud de mostrar un abanico de posibilidades por donde ingresar al estudio de las ideas, los

conceptos y las manifestaciones de la política en la historia argentina.

Pablo Yankelevich

INAH

José Ballón Aguirre, *Martí y Blaine en la dialéctica de la guerra del Pacífico (1879-1883)*, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos-UNAM, México, 2003, 449 pp.

Para los estudiosos de la historia de la política exterior de Estados Unidos hacia América Latina y, en particular, para los interesados en el análisis del papel de sus artífices y operadores, como lo fue el secretario de Estado, James G. Blaine, resulta fundamental el libro intitulado *Martí y Blaine en la dialéctica de la guerra del Pacífico (1879-1883)*, de José Ballón Aguirre, publicado por el Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos de la UNAM.

En éste, el autor describe las preocupaciones de Martí durante su estancia en Estados Unidos entre 1880 y 1895 en torno a la política exterior hacia América del Sur, promovida desde el Departamento de Estado en el contexto de la guerra entre Chile, Bolivia y Perú de 1879 a 1883, episodio conocido como la guerra del Pacífico.

Asimismo, destaca los momentos fundamentales en la carrera política de Blaine, no sólo como secretario de Estado, sino también su intento por arribar a la presidencia de los Estados Unidos de América. Se habla entonces de su llegada al gabinete del presidente James A. Garfield, en 1881; del asesinato de Garfield en ese mismo año y la remoción de Blaine como secretario de Estado por

el sucesor

en la presidencia, Chester A. Arthur; de los cambios en la política exterior estadounidense encabezada por el nuevo secretario de Estado, Frederick T. Frelinghuysen; del fracaso de Blaine al intentar disputarle la presidencia de Estados Unidos al demócrata Grover Cleveland, y de su segunda gestión como secretario de Estado bajo la presidencia del republicano Benjamin Harrison.

Se trata, pues, de un periodo especialmente interesante en la historia política estadounidense y de sus relaciones con el exterior. En primer lugar, Estados Unidos ya había pasado el trago amargo de la guerra civil y, una vez culminado el periodo de la reconstrucción, surgía como un Estado unificado que empezaba a tener un proyecto de política exterior, el cual se consolidaría en los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX con las acciones de William McKinley y Theodore Roosevelt.

Punto de especial atención en el trabajo de José Ballón Aguirre es la relación entre la política interna de Estados Unidos y su política exterior.

Basta recordar que, al iniciar la década de 1880, la división dentro del partido republicano era más que evidente. Los grupos políticos encabezados por James G. Blaine y Ulysses S. Grant no podían llegar a un acuerdo y el partido corría el peligro de escindirse. El primero era miembro de la fracción de los reformadores o *half-breeds*, la cual había desatado una severa crítica a las formas de corrupción en la relación política-negocios privados y había pedido limitar la influencia de los grandes capitales en las decisiones gubernamentales. El segundo formaba parte del grupo político conocido como los *stalwarts*, que se caracterizaban por el abuso del poder y las prácticas de excesiva